

CONFERENCIA DE VICENTE HUICI URMENETA

TERCERA JORNADA

BILBAO

10 / 10 / 2007

ZEN, KARATE, HAIKU: Variaciones sobre la cultura japonesa

Me consta, porque los veo, que hay en la sala personas que podrían hablar de todos estos temas acerca de los que estoy hablando desde otro punto de vista. Y por eso, antes de comenzar, quiero aclarar cual va ser mi punto de vista. Mi aproximación es la de un sociólogo del conocimiento. Se trata de una disciplina que lleva muy pocos años de desarrollo y que fundamentalmente se dedica no tanto, como lo hace la filosofía o tal vez las ciencias, a constatar la verdad o falsedad de determinadas realidades, sino más bien a intentar discernir la razón de que, en determinados lugares, en determinados momentos, para algunas personas, para algunos colectivos, para algunos grupos, hay algunas cosas que son verdad y hay otras cosas que son mentira. Este punto de vista, como veis, no es en modo alguno relativista sino relacionista. Es decir, no quiero relativizar nada sino relacionar diversos aspectos desde un punto de vista ideológico, si queréis, y por otro lado, aplicar una perspectiva más sociológica o social. Pero no me voy a esconder. En lo que voy a exponer también hay mucho de experiencial. Diré brevemente, también con un poco de rubor, que he practicado todo aquello sobre lo que voy a hablar. Y también he de deciros que en realidad voy a estar hablando continuamente de prácticas y esto en si mismo ya es una contradicción. Porque el hecho de que yo esté hablando de cosas que en realidad hay que hacer y que además, sinceramente, para comprenderlas bien es necesario practicarlas no deja de ser una enorme limitación. Por lo tanto, a pesar de que sea, porque así me encuentro encasillado, un sociólogo del conocimiento, no puedo evitar que muestre mi inclinación como practicante de algunas de estas prácticas sobre las que voy a hablar. Y para empezar, yo quisiera recordar una anécdota que contaba Taizen Deshimaru, para algunos el último sensei, el último maestro de aquello que posteriormente calificaré como budismo zen. Por supuesto, era un maestro reconocido que había recibido lo que es denominado como transmisión y que, por otra parte, solía comentar lo siguiente: en ocasiones lo paso muy mal porque cuando acuden algunos discípulos occidentales y me dicen -maestro, ¿cuando tiempo tengo que estar practicando *zazen*, es decir, la

meditación sobre el *zafu*?-, yo les contesto:- pues, siempre, toda la vida, hasta que muráis-. Entonces, me vuelven a cuestionar: -entonces, ¿el *Satori*?, ¿Cuándo se consigue la iluminación?-. Y yo, finalmente les respondo: -*Satori* es cada vez que te sientas sobre el *zafu*-. Ciertamente, este último comentario chocaba con la mentalidad occidental, argüía Deshimaru, porque, por un lado, les estaba diciendo que debían practicar siempre y, por otro lado, les aclaraba que cada vez que lo practicaban ya habían conseguido aquello que pretendían. Me voy a extender a lo largo de la exposición en torno a lo que se esconde tras esa anécdota. Espero que ésta no sea muy larga ni muy pesada y, si acaso, luego permita algún tipo de comentario. En realidad, podría hablar de muchas cosas sobre la cultura japonesa. Podría hacer uso de referencias de tipo histórico o estrictamente filosófico pero no lo voy a hacer porque cualquiera de estas cosas es posible hacerlas ya hojeando libros o consultando en Internet. Por lo tanto, más que dar datos o, incluso, más que comentaros algunas expresiones de japonés que tengo aquí apuntadas, probablemente no voy a abundar en ellas para no aburrirlos, mas bien voy a intentar meter el diente, si se me permite la expresión, a aquellos aspectos que me parecen más interesantes de esta serie de prácticas. La razón de ello es que son prácticas que de alguna manera ofrecen una panorámica de lo que constituye la cultura tradicional japonesa. La cultura tradicional japonesa, es decir, no la cultura japonesa. En efecto, hablaré de la cultura tradicional japonesa, algo que al parecer todavía conservan los japoneses mayormente en la intimidad y que no tiene mucho que ver con eso que aparece en los documentales o incluso en las películas, aunque sean magníficas en su modo de reflejar ese mundo más bien violento o lleno de luces de neón o muy neocapitalista. Me estoy refiriendo, más bien, a lo que perdura de la cultura tradicional japonesa y que, al parecer, todavía pervive en el momento en que se cruza el umbral de esas de pequeñas, pequeñísimas casas que poseen los japoneses.

Bueno, por continuar con el espíritu de mi exposición pasaré a explicar, en primer lugar, estas prácticas comentando qué son. Vamos a hablar de tres a pesar de que podríamos hablar, insisto, de la ceremonia del te, del *ikebana*, etc. Podríamos hablar, incluso, de una cosa interesantísima que antes le comentaba a Carlos, el arte del envoltorio. Así como suena, el arte del envoltorio japonés sobre el cual, por cierto, hubo una magnífica exposición hace unos años en el archivo foral. Por supuesto, ya os lo avanzo, lo que se envolvía importaba muy poco. Bien, repasemos, pues, estas prácticas.

El *zen*, o más bien, la idea que se suele tener del *zen* es, en principio, la de un grupo de gente que está sentado en unos *zafus*, en unos cojines, en una postura que se dice de loto, medio loto, y, además, existe una determinada forma de colocar las manos y un modo específico de respiración. Respecto a esto, habría muchas preguntas que podríamos hacernos. Por ejemplo, ¿eso es budismo?. Bueno, pues probablemente no. ¿Es una religión?. Pues probablemente tampoco salvo que, por ejemplo, pensemos que podemos llamar religión a lo que aquí llamamos nacionalismo o socialismo. En ese caso si podríamos llamarlo religión. Entonces, ¿qué es?. Lo diré otra vez, es una práctica. ¿Cual es el objetivo de la práctica?. Pues ninguno, lo cual no deja de ser muy curioso. Continuamente se insiste en esto: usted siéntese, coloque las manos de esta manera, coloque las piernas de esta manera, respire, expire, concéntrese en la expiración y procure de alguna manera distanciarse de sus pensamientos y concentrarse en la respiración. No es pues ninguna meditación, no nos proponemos como dice Octavio Paz, al modo de los místicos occidentales, agitarnos en torno a una idea, sea la de Dios, la de un ángel o la de la virgen María. No nos concentramos en nada. Precisamente, lo que hacemos es dejar que todo pase. Es evidente que de forma inmediata contraponemos lo planteado ahora con nuestra referencia cultural. Lo voy a decir ya: con el judeocristianismo. En el 95% de nuestras maneras de pensar, de ver las cosas, de percibir las, somos judeocristianos a pesar de que no nos demos cuenta. Parece que el judeocristianismo se ha quedado reducido a una religión. Sin embargo, es algo más que una religión, es una manera de estar en el mundo. Por lo tanto, lo que he empezado a describir choca con la mentalidad occidental. Sentarse para no hacer nada, para dejar que pase todo, para mantener una distancia. Hay quien, en referencia a esto, ha hecho estudios neurológicos. Citaré un libro muy interesante que antes le comentaba a Carlos y que se centra en el estudio de lo que ocurre en ese momento de práctica zen. Esto es, qué dice la ciencia occidental sobre lo que pasa en ese momento. Pues la ciencia occidental o unos científicos, para ser más claros dicen que, en ese momento, lo que pasa es que, en la medida en que nosotros tratamos de controlar la respiración, un acto que supuestamente está controlado inconscientemente por el sistema neurovegetativo (fundamentalmente a partir del tálamo, del hipotálamo), retroalimentamos el tálamo y el hipotálamo hasta tal punto que su hiperactividad genera una disminución de la actividad del cerebro frontal. Esta es la causa de que se tengan sensaciones, maneras de ver las cosas diferentes a las que se tienen normalmente. En todo caso, esta circunstancia no ha sido descubierta por los neurólogos, sino que esto ya lo decía Max Weber en sus

estudios de sociología de la religión, a saber, que a través de determinadas prácticas ascéticas se podría llegar, precisamente por el control sobre la respiración, a determinados estados. ¿A la verdad?, no. Un japonés, un zen se reiría inmediatamente de algo así como de la verdad, salvo que la percepción que tenga del zen sea occidental. Se reiría. ¡La verdad!, ¡qué va!, sería más bien una verdad entre otras verdades, entre otras maneras de ver las cosas. Realmente, eso de la verdad es un hecho muy occidental, que tiene mucho que ver con nuestro monoteísmo y con la idea de que la realidad se reduce a lo unitario, a una única verdad que, en determinadas circunstancias de la vida, puede llegar a ser operativo, pero en este caso no lo es.

Satori: sentarse. *Satori* es algo que en un momento determinado aparece. En todo caso, nos quedaremos con un aspecto muy importante: la distancia que se consigue con esta práctica respecto de lo que podríamos denominar la realidad cotidiana. Algo que han estudiado tan bien los sociólogos del conocimiento. En efecto, una distancia que, por ejemplo, en el budismo *zen* Soto, la escuela que más conozco de entre las muchas existentes, se vehiculiza a través del *Zazen*. Hay otras escuelas en las que la distancia se vehiculiza a través de lo que es denominado como *Koan*. Los *koan* son, para decirlo brevemente, juegos lingüísticos que logran desarticular nuestro discurso y, una vez más, deshacer el vínculo que establecemos entre el lenguaje y la realidad. Al respecto, contaré un *koan* divertido y tópico pero expresivo al mismo tiempo. Un maestro le propone al discípulo un *koan* la siguiente cuestión: si dos manos suenan de este modo, ¿cómo suena una mano?. El discípulo reflexiona sobre ello durante mucho tiempo. Sin embargo, la incertidumbre hace mella en él, vuelve y confiesa su desconocimiento. Entonces el maestro le da con la palma de la mano en la cara ¡Zas!: “una mano suena así”. ¿Qué es lo que se ha producido?. se ha producido una ruptura de la relación entre el discurso lógico y la realidad. Y estamos hablando de un alumno en relación con un maestro. Es decir, hasta que el alumno o el principiante termine convirtiéndose en maestro esta relación va a ser una constante. El Maestro siempre va a estar ahí resituando al aspirante, al que desea iniciarse. De hecho, hay colecciones enteras de *Koan* que tratan de mantener la distancia. Bueno, pues este elemento de la distancia, que se denomina en japonés *ma*, es lo que nos va a permitir a continuación hablar del *karate-do*. Se podría hablar, a su vez, de otras artes marciales. Yo creo que todas en principio, y sobre esto también habla Deshimaru, pueden entenderse desde el punto de vista de *ma*, de la distancia, ya sea el *kendo* con las espadas, el *aikido* o el *yudo*. Nada

puede ser peor en el *tatami* que perder el *ma*. Mas, ¿qué es el *ma*?, la distancia. Algunos practicantes de *Karate* que están presentes aquí, puesto que lo han practicado conmigo, lo saben perfectamente. Al hilo de ello, haré mención de una anécdota. Recuerdo un video de dos karatedokas octogenarios que salían al *tatami* y se saludaban. Estuvieron cerca de diez minutos casi sin moverse. En realidad, se movían levemente hacia un lado, hacia el otro. De pronto uno de ellos se cuadró, saludó y se marchó porque había perdido. ¿Qué había pasado?, que había perdido el *ma*, es decir, lo que ocurría era que se había dado cuenta de que su contrincante le podía haber hecho una técnica. Y así simplemente no valía la pena seguir. Ya había perdido. Y, al mismo tiempo, cuántos combates de *kendo* de gente muy mayor, tal y como comenta Deshimaru, terminan en nulo porque no se mueven. Están empuñando las espadas, no se mueven y al final el árbitro tiene que dar paso a otras parejas. Pues bien, en el *karate*, además de conseguir el *ma*, también se centra en un entrenamiento como lo había en el caso del *zen*. En el *Karate* existen *waza* (*Ko waza*, *O waza*, *Renzoku waza*) que son las técnicas que es necesario repetir. Son técnicas que luego se pueden ordenar series según los diferentes niveles de complicación. La combinación de esas técnicas que progresan en complejidad son los *katas*. La diferencia estriba en que en Japón no estudia el *karate* a partir del método de cinturones de distintos colores: amarillos, naranja, verde. Este procedimiento es un invento occidental porque nosotros seríamos incapaces de soportar el tránsito del blanco al negro simplemente porque un día el maestro nos dijese: ya te puedes poner el cinturón negro. Nosotros, en cambio, queremos saber cuándo es el examen de naranja. En ese sentido, un maestro japonés, en primer lugar, no haría el menor caso. Se extrañaría por la propia pregunta y pensaría que lo mejor sería que el alumno se marchase. Pero, en cualquier caso, se trata, como hemos dicho antes, de un entrenamiento. Es el entrenamiento que va a permitir mantener el *ma* en el combate, en el *kumite*, ya que no es un combate de alguien contra alguien. No se trata exactamente de vencer al otro. Además, el adversario no se va a rendir. Se trata de combatir con él y casi diríamos de no dejarse vencer. Ahí entra en juego la mirada, ahí entra en juego la técnica, que va a estar tan depurada a tal punto que, en el momento preciso en que el contrincante pierda el *ma* se ataque sin demora. Esto nos lleva al *suki*. *Suki* es la ocasión. Aquí recuperamos, por cierto, un concepto pre-judeocristiano: el *kairós*, la ocasión. Curiosamente, *suki*, que es un golpe frontal con el puño hacia delante, exactamente en el centro del plexo solar, es también lo que define en japonés a la ocasión, el *Kairós* griego. Todo está pensado para llegar a ese punto. Y cuando se llega

a ese punto toda la energía de cuerpo se concentra en él y se manifiesta a través del *ki*. Es decir, se concentra el *ki*, se une el *ki* y eso es *ki*. El efecto suele ser sorprendente. Bien, este fenómeno denominado *ma* que hemos visto ya circular en el mundo del *karate-do* (*do*: camino), también se observa en el *zen*: ¿cuándo seré un maestro?, ¿cuanto tengo que practicar?, siempre. ¿Para qué?, para nada. Si te equivocas es porque sabes, sino no te equivocarías. Este tipo de afirmaciones nos serán familiares cuando hablamos de este tipo de prácticas.

Del *karate* pasamos justo al *haiku*. También podíamos hablar, insisto, de otras muchas cosas. Pero, ¿por qué pasamos al *haiku*? Porque también en el arte del *haiku*, a diferencia del modo en que, en occidente, estamos acostumbrados a percibir la poesía, existe *ma*, o sea, distancia. Dice Yasuo Basho: “cuando uno está muy agitado, cuando está muy deprimido, no puede escribir *haiku*”. Es necesaria una distancia mental, como la que hemos visto que se producía en estas manifestaciones. También nos referimos a una distancia física que los japoneses precisan al hacer los millones de *haikus* que todavía se hacen en Japón. Nos hablan de la naturaleza, de los insectos, de los animales, etc. Aunque, probablemente están metidos en sus casas, en oposición al poeta romántico que contempla la naturaleza. Es necesaria una distancia física y una distancia mental. Y también aquí hay una concentración de energía y un entrenamiento. ¿Cuántos *haikus* hay que hacer para hacer un buen *haiku*?, no sabemos. Sólo remítete a hacer *haiku*. Y, ¿en qué consiste hacer *haiku*? Bueno, pues más o menos se sabe. Son tres versos en los que se pone especial atención al fenómeno estacional porque, ya lo veremos más adelante, existe siempre un vínculo entre el momento teórico de lo que se está describiendo y el momento de la naturaleza. Hay un vínculo muy estrecho. Y hay también un contraste lingüístico (*kireji*), aparte de ese *ma*, de esa distancia frente a los objetos, incluso respecto a la propia naturaleza y que se manifiesta lingüísticamente una especie de *Kiai* en el *haiku*. Es decir, la construcción del *haiku*, ese poema pequeño compuesto por tres versos de 5-7-5 sílabas, depende de que entre la primera parte del *haiku* y la segunda parte haya un contraste mental. Algo que nos sorprenda, o lo que generalmente en Occidente se entiende por ingenioso.

Dicho todo esto y habiendo expuesto esta primera parte descriptiva en función del concepto *ma* quisiera ahora establecer algunas aproximaciones a ciertos aspectos derivados de lo anterior. Voy a ser muy breve porque espero que luego tengamos ocasión de profundizar en ello. ¿De qué tiempo estamos hablando cuando hablamos de

toda estas prácticas?. Pues curiosamente, si os dais cuenta, estamos hablando de un tiempo circular y no de un tiempo lineal. Es un tiempo que se cierra sobre sí mismo, aspecto que, de nuevo, choca con nuestra concepción del tiempo. Quién practica *zazen*, quién está haciendo técnicas en el *kumite*, quién está haciendo un *haiku* no tiene una percepción cronológica de tiempo. El tiempo que se ubica entre el inicio y el término de la práctica *zazen* no es lineal. De alguna manera, hay además cierta semejanza, dentro de nuestra propia tradición cultural, con las culturas pre-judeocristianas, con las concepciones del tiempo griegas y, como antes comentábamos, en alguna medida, con las indias. Pero con las chinas también, por supuesto. Basta leer a Platón, basta leer a *Lao Zi*, para darse cuenta de que hay un predominio del tiempo individual cíclico y del tiempo colectivo cíclico. La explicación que los filósofos han dado al respecto es que el vínculo que se tiene con la naturaleza permite asumir los ciclos de la naturaleza, que son de carácter repetitivo, como esquemas temporales de los seres humanos. Algo que, por otra parte, nosotros hemos roto a partir de la idea de un dios que vive fuera de la naturaleza, que ha creado la naturaleza y que imprime un ritmo diferente a la naturaleza, lo que permite pensar en línea. Y pensamos tan en línea que, sin darnos cuenta, establecemos referencias temporales en base al periodo anterior y posterior a Jesucristo. En estas prácticas, sin embargo, constatamos un tiempo circular, y no me voy a meter ahora en si es peor o es mejor. Yo simplemente lo planteo. Además, es una percepción circular en espiral. Porque gracias al *ma*, esa percepción va adquiriendo, por decirlo así, cualitativamente novedades. Y, en la medida en que el tiempo se repite, hay que repetir *zazen*, hay que repetir *kumite*, hay que repetir *kireji*. Hay que repetir, pero se supone que cada vez se repite mejor. Y en ese repetir cada vez mejor aparece otra figura que es muy típica de estas culturas y que es el *sensei* (el maestro). Es el que lleva repitiendo mucho tiempo y el que ayuda a repetir a los demás. Ese *sensei*, ese maestro no es un maestro escogido, es un maestro que aparece en un momento determinado cuando alguien desea hacer alguna de estas prácticas y que hay que aceptarlo. Cierto es que, como cualquier otro ser humano tiene sus defectos, sus manías, etc. Pero tiene la habilidad, en el caso de que sea un maestro, de encauzar esas actividades hacia la consecución de una mayor conciencia sobre todo lo que se va haciendo. Otra anécdota: aquella que se refiere al discípulo que lleva ya dos o tres años con el *sensei* y finalmente pregunta: “pero bueno, maestro, ¿cuando vamos a empezar a hablar de las clases importantes?, porque desde que he llegado aquí no hago más que ir a hacer la compra, preparar la comida, fregar los cacharros”. Como respuesta, el maestro le devuelve otra pregunta: “¿y te parece que

hay algo más importante en este mundo que hacer todas esas cosas bien y conscientemente?”. Nosotros, desde Occidente, responderíamos que, en efecto, existen numerosas cosas más importantes. Bueno, pues no. Cuando aprendas a hacer bien todo esto y a hacerlo conscientemente tal vez te hayas convertido en maestro con atribuciones para enseñar al otro. Por lo tanto, hablamos de un tiempo circular, que Hegel decía que es el propio de un tipo de tiempo de sociedades que no avanzan, que se miran en sí mismas continuamente, que implican una jerarquía en la que unos mandan y otro obedecen, en la que unos se encuentran iniciados y otros van a serlo. Yo creo que esto es cierto y que desafía nuestra mentalidad. Pero también hay que tener en cuenta, como explicó muy bien Louis Dumont en sus dos libros *Homo Hierarchicus* y *Homo Aequalis*, que la idea de que somos iguales frente a algo, frente a Dios, frente al Estado, frente a la ley, es una idea cristiana y occidental. No obstante, todas las demás culturas han defendido la jerarquía por analogía con la naturaleza. En otras palabras, han naturalizado la sociedad. Y de alguna forma han percibido que, de la misma manera que hay fuerzas en la naturaleza que se imponen a otras, hay grupos sociales que se imponen a otros por el hecho de que son superiores, y a los cuales se les atribuye no sólo mayor poder sino también mayor sabiduría. Nadie se atrevería nunca a discutir a un *sensei* en el sentido que entendemos nosotros hoy aquí en Occidente. Es posible formular una pregunta pero no discutir en el sentido que entendemos en nuestra cultura. Porque eso tiene que ver con la mentalidad occidental. Concretamente, con esa mentalidad judeocristiana que tenía la ventaja de que, al hacer a todos los seres humanos hijos de Dios los hacía iguales independientemente de su origen, de su clase social, de su cultura. En todo caso, este hecho no se ha dado nunca en Japón. Y buena prueba de ello son las numerosas anécdotas que se podrían contar. Le decía a Carlos que he estado hojeando estos días un libro ingenuo pero delicioso y muy bien escrito de un novelista franquista muy famoso que se llama José María Gironrilla: “El Japón y su duende”. Este es un librito del estilo de aquellos que se escribían en los años sesenta. No tenía nada que ver con esas extensas obras que conoceréis, “Los Cipreses creen en Dios”, “Un millón de Muertos”, etc. Su autor, a fuer de franquista, era sensible y culto. Este escritor se va a Japón con Narciso Llepés ya que en Japón hay muchísimos guitarristas y mucha inclinación por la guitarra española. Y hay un momento en que la guía le dice: “usted se está dando cuenta de muchas cosas pero se tiene que dar cuenta de una: si nosotros aquí hemos admitido que el emperador no es Dios, que tenemos que tener democracia, que tiene que haber partidos políticos, que todos somos iguales ante

la ley es porque nos lo ordenó McArthur. Y porque nos dimos cuenta de que eran mejores que nosotros y dijimos: son mejores que nosotros, nos han ganado”. Bueno, es una anécdota, es una ingenuidad. Y realmente hay más de lo que habría que hablar pero es bueno decirlo porque yo creo que si representa la capacidad japonesa de absorber jerárquicamente la igualdad. El japonés es un pueblo que, en general, ha absorbido todo. En especial, rasgos provenientes de China, porque todo esto de lo que estoy hablando en realidad es cultura china transmitida a través de Corea.

¿Qué idea de ser humano se deduce de estas prácticas?. Pues se deduce la idea de un ser humano que, primero, está muy vinculado a los ciclos de la naturaleza y que, sin embargo, está continuamente manteniendo una distancia. Una distancia que le permite mantener dos cualidades que se manifiestan claramente en todas estas actividades que vengo describiendo: el *jiriki* y el *gaman*. El *jiriki* es la autosuficiencia y el *gaman* es la paciencia. Por un lado, el individuo autosuficiente que se auto-educó siempre bajo la supervisión de un maestro, la autosuficiencia del meditante o del *zazente*, del *karatedoka*, la autosuficiencia del *haikuista*. Y, por otro, la paciencia, enorme paciencia. En efecto, el derroche de paciencia, todo hay que repetirlo, hay que volver a hacerlo. Además hay que tener mucho espíritu de *Musotoku*. No se trata de conseguir nada sino de seguir practicando.

En relación con ello, una idea que se valora mucho es *samu*, que no es el servicio de urgencias, sino el trabajo. Pero no el trabajo como castigo. La idea que tenemos a través del judeocristianismo del trabajo como castigo: vivíamos en el paraíso, cometimos el pecado original, no es equivalente a la concepción japonesa del trabajo. Antes le comentaba a Carlos, la anécdota de los japoneses que acostumbramos a ver sacando fotos por todos los sitios. Pues un día un amigo que trabaja allí me dio una explicación muy buena, me dice: “no te pienses que estos están aquí de vacaciones. A estos les han echado del trabajo una semana o semana y media, les han puesto en un avión y antes de que les de el *kerosi*, que es un síndrome de ansiedad vinculado a la necesidad de trabajar, les han dicho que vayan donde vayan saquen un buen reportaje fotográfico y luego lo expongan en la empresa”. Es decir, que ellos piensan que siguen trabajando para la empresa. *Samu* no es un castigo, es lo que hay que hacer. Hay que trabajar con toda naturalidad. No sentirían tanta felicidad, como nosotros, ante el hecho de que les tocara, por ejemplo, la lotería ya que les situaría ante la diatriba de no poder trabajar, de no seguir con las prácticas. Porque el sentido de la vida lo tienen continuamente aquí,

hic et nun. Claro, es cierto que para que lo tengan aquí a través de todas estas prácticas tiene que haber alguien que se lo está continuamente recordando. Eso es totalmente cierto. Pero ese aquí y ahora es fundamental. Nada tiene sentido más que lo que hago ahora. Realmente es muy importante ir a la compra y fijarse muy bien qué tipo de pimientos hay y saber prepararlos. Hay un *haiku* que dice: *Muchas palabras y las verduras sin preparar*. Seguro que habremos sentido algo parecido en muchas ocasiones porque en esto suelen ser muy incisivos los poetas japoneses. Entonces, el sentido de estas prácticas lo tienen en sí mismo, es un acendramiento en la misma práctica. No hay trascendencia, no hay significado más allá. No recorreremos ningún camino, no nos liberamos de nada, no vamos a conocer más. Toda esa carga de liberación, de catarsis que el judeocristianismo proyecta, en suma, ese tiempo futuro del judeocristianismo no tiene sentido en estas prácticas. Porque lo que no es aquí y ahora no tiene sentido. Pero, no nos vayamos a equivocar, esto no quiere decir que no se le de sentido por parte de otros. ¿Por qué se han vuelto una potencia tan productiva?, ¿por qué tiene una inflación poco importante?, ¿por qué presentan un paro no significativo?. Porque son los que mas producen, los que mejor producen y como se equivoquen no tienen ningún reparo en abrir la ventana y tirarse por la ventana al asumir que se han equivocado en la contabilidad y que la empresa no se merece tal comportamiento. El dramatismo que se viviría aquí ante tal circunstancia, derivada de una mala práctica, en algún caso incluso se podría experimentar con normalidad en Japón. Todas estas cosas verdaderamente nos sorprenden porque, insisto, la tendencia es que el sentido está continuamente surgiendo de la propia actividad. Por lo tanto, y con esto ya terminaría, el sentimiento, la cohesión colectiva que se vivencia en Japón es muy relativo. Fijaros en cualquiera de estas actividades. Un *dojo*, tenemos a los *zen* que están sentados sobre sus *zafus*. Están cada uno en su *zafu*, juntos pero cada uno en su *zafu*. En la práctica del *karate* es exactamente igual, pueden estar todos haciendo sus *katas* pero luego cada uno está haciendo su *kata*. Podemos tener cien haikuistas haciendo *haikus* pero cada uno está haciendo su *haiku*. Solamente ha habido momentos muy determinados en la historia del Japón y generalmente por contaminación occidental cuando tal orden se ha desestructurado y ha adquirido un carácter colectivo. Finalmente lo ha hecho por la vía más radical, o sea, la vía militar. El militarismo de los años veinte en Japón emerge, entre otras razones, por esa percepción interna de que algo amenaza su orden y se agrupan. Aun así, sigue habiendo un sentido incluso en el agrupamiento. Siempre, por supuesto, que haya un *sensei* que les dirija. Resumiendo, yo creo que estamos hablando

de una cultura en la que la práctica es muy importante. Una cultura cuyas prácticas son generalmente de autosuficiencia, de paciencia y donde hay una gran capacidad progresiva de percepción de *suki*, de la ocasión. Donde también hay un vínculo estricto con los ciclos naturales. Podríamos hablar, por ejemplo, de la sexualidad, de las *geishas* que, por cierto, hasta el siglo XVIII eran *geishos* y no *geishas*. *Geisha* en realidad significa persona culta, lo digo por si acaso. Pero todo esto implica un entrenamiento continuo que tiene sentido en sí mismo y que implica una jerarquía. Una jerarquía que varía en las diferentes disciplinas pero que exige continuidad, que exige asentimiento y probablemente para los occidentales exigiría sometimiento. Es cierto que hay algunos occidentales que han practicado este tipo de actividades y que precisamente por esto han exacerbado alguna de estas características, sobre todo, la de la jerarquía, convirtiendo frecuentemente a falsos *sensei* en manduquitas inoperantes. En ese sentido, no se insiste tanto en otros aspectos como pueden ser la necesidad de disciplina, del entrenamiento, de la percepción del aquí y ahora, de la no trascendencia y, sobre todo, yo creo que es lo más importante porque es lo que más nos podría vincular a nuestra pauta cultural aunque lo hayamos perdido, del *kairós*, que es el sentido de la ocasión. En otras palabras, el *suki*, es decir, cierto entrenamiento en la capacidad de saber qué tenemos que hacer ahora, con quién tenemos que hacer, qué tenemos que decir, cuando nos tenemos que callar, cuando tenemos que hacer un trabajo y cuando no. Bien, para bajar un poco el tono trascendente de todo lo que he dicho hoy voy a terminar con un *haiku* de Issa Kobayashi muy japonés que dice:

Cayó boca arriba

la cigarra de otoño,

y sigue cantando.

Nada más. Muchas Gracias.